

MAGNA PRUDENCIA

Alejandro de Macedonia (356-323), con sólo 21 años de edad, emprendió su campaña conquistadora, y en poco más de 10 años logró levantar uno de los imperios más grandes de la antigüedad (aunque efímero, el suyo), sobre los escombros del vasto imperio persa, consolidado con numerosas anexiones a lo largo de dos siglos.

El área conquistada por Alejandro abarcó Persia, Siria, Egipto, Fenicia, Palestina y una parte de la India. Lo sucesivos hitos de ocupación, que incluyen más de 60 ciudades fundadas, llevaron al ejército de Alejandro a recorrer el doble de la distancia entre Asunción, Paraguay, y Anchorage, ciudad meridional de Alaska, a través de bosques, planicies, montañas, desiertos y ríos, vadeados éstos a nado, a bordo de frágiles embarcaciones o a través de improvisados puentes.

El protagonista de tan magníficas hazañas creyó ser la encarnación del mítico Aquiles, y adquirió la vanidosa costumbre de denominar con su nombre las ciudades que fundaba. También, a raíz de sus tempranos triunfos militares, fue ensalzado por su padre, el poderoso Filipo, con estas halagüeñas palabras: “Hijo mío, búscate otro reino que sea digno de ti. Macedonia es demasiado pequeña”. Sin embargo, ese hombre, a pesar de su carácter soberbio, tuvo la sensatez de reconocer las ventajas que le podían acarrear el talento y las virtudes de otros hombres, según expresa el epígrafe de la amena y erudita novela histórica *Alejandro Magno*, del escritor alemán Gisbert Haefs. El macedonio comprendió que las innúmeras contingencias que entrañaba su empresa, hacían necesaria la participación de expertos, que a su modo fueran capaces de conocer y controlar los avatares de la marcha.

La inscripción que abre la obra de Haefs, reza: “Según he oído, Alejandro se hacía acompañar en sus viajes por seis tipos de personas: feroces guerreros de espada; hechiceros, cuyos encantamientos podían anular incluso el maleficio de Harut; oradores e intérpretes capaces de opacar el Sol con el brillo de sus palabras; sabios de tan sutil agudeza que no quiero atormentarme pensando en ella; ancianos ascetas de espíritu justo, que por la noche invocaban la ayuda de Dios, y, finalmente, mensajeros divinos, a cuyo amparo se confiaba”. (Nizami, en *Iskandar-Namah*). Así, en términos vigentes, Alejandro conformó uno de los primeros equipos multidisciplinarios de los que se tienen noticias.

Un émulo actual del héroe macedonio es el constructor del imperio tecnológico-comercial *Microsoft*, William Henry (Bill) Gates III, quien suele afirmar que la clave de su éxito profesional consiste en haber aprendido a trabajar con personas más inteligentes que él. Contrariamente a esa actitud, “heta tapicha paraguay ningo ipochytavoi oñepresentarõ peteĩ ññaranduvéva chugui” (muchos paraguayos son capaces de enojarse si aparece alguien que los supera en conocimientos), habría observado el compositor Eladio Martínez, y referido, hace años, por un locutor de la Radio Cáritas de Asunción. Aun cuando la comparación de casos particulares con uno más general sea inadecuada, vale para pensar.

Contribución del Prof. Emerenciano Ramírez Villasanti